



Me hallará la muerte
Autor: Juan Manuel de Prada
Editorial: Destino
Lugar y año: Barcelona, 2012
Páginas: 591

PRADA: NOVELA E IMPOSTURA

Ahora que la literatura o, más en concreto, la novela pudiera estar a punto de perecer, y no precisamente por la crisis económica o la probable muerte del libro sino por el hecho de que todos escriben novela, el escritor y columnista Juan Manuel de Prada ha vuelto a incurrir él también, después de seis años de castidad literaria, en tan común y manido ejercicio. Pero su retorno al género con *Me hallará la muerte*, que la editorial Destino ha lanzado al mercado —sin demasiadas alharacas publicitarias, por cierto—, merecería ser recibido como una obra sorprendente y singular.

Es Prada un escritor de quien, sin duda, pocos esperarán una novela eficaz en términos puramente narrativos. La opinión tópica lo ha encasillado ya como a autor de prosa ubérrima y brillante, pero de cultivo muy literario, es decir, de los que

reflejan mayor experiencia lectora que ahondamiento vital. Si a eso le añadimos su escandalosa militancia antiprogresista y su radicalismo católico, se completará el prejuicio que lo condena a la pena máxima de exclusión de la república literaria, cuyo comité de salud pública admite disidencias en materias de orden menor y nunca en las que de verdad importan.

Pero sería de lamentar que muchos lectores pasaran de largo ante esta novela por suponer que ha de tratarse, o bien de un ejercicio más de formalismo narrativo, con mucha pirotección verbal y profusión de metáforas ingeniosas, o bien, como se ha dicho por ahí, de una fábula de héroes y villanos en la División Azul, con el esperable mensaje moralista y criptocatólico para edificación de la grey.

Nada de ello se corresponde, sin embargo, con lo que realmente es *Me hallará la muerte*. Prada ha escrito una novela muy literaria, sí, sin renunciar a su estilo barroco y tremendista, pero ha escrito sobre todo una novela de gran potencia imaginativa, una ficción original y palpitante, dura y conmovedora hasta lo angustioso, un relato de esos que se bastan a sí mismos, de los que atrapan al lector de la página 1 a la 589. Una obra, en suma, no para lectores de artefactos experimentales (tan ingenuos a estas alturas) ni para creyentes en la literatura neorreligiosa (si es que los hay) sino para lectores de novela pura, que sin duda tendrán pocas oportunidades como esta de hallar un producto español actual que satisfaga su gusto por las historias bien tramadas y *caféinicas*.

El protagonista, Antonio Expósito, es un hospiciano del Madrid de la inmediata posguerra que empieza como pícaro venial y acaba convirtiéndose, a raíz de un crimen fortuito que le lleva a refugiarse en la División Azul, y tras sobrevivir a un campo de concentración ruso, en un suplantador a lo grande y en uno de los mayores bellacos de la España de los cincuenta, sin que jamás alcance a redimirse en su espiral destructiva. Y es justamente esta falta —presunta— de redención la que nos plantea la cuestión más vidriosa, porque me consta que hay lectores que se han sentido escandalizados de que un escritor tan católico como Prada incurra en esta novela en momentos de tan enorme crudeza y obscenidad, sin ninguna conclusión moralmente positiva.

Decía Barbey D'Aureville, en su prólogo a *Las Diabólicas*, que “los pintores de nervio pueden pintarlo todo y su pintura es siempre lo bastante moral cuando es trágica e inspira aversión hacia las cosas que retrata; solo son inmorales los Impasibles y los Burlones”. Valdría perfectamente esta cita para el pintor-escritor de *Me hallará la muerte*, que en la descripción de los horrores morales de ese Antonio Expósito logra hacernos sentir el rechazo más profundo por su conducta de traidor, falsario, ladrón y criminal de último grado, sin que ningún *Deus ex machina* ni acción especial de la gracia en forma de milagrosa conversión de última hora venga a aleccionarnos. Porque la tragedia verdadera siempre es moral.

Hay escritores de raza y escritores de afán, dejó dicho Henry James, y siendo muy cierto que hoy abundan aquí mucho

más los segundos, es decir, los escritores de mero tesón o de oficio, quien se atreva a leer esta novela refrendará que Juan Manuel de Prada pertenece por derecho propio al grupo de los primeros, los que de verdad disienten y son signo de contraste.

Enrique Álvarez



Aquí y ahora

Autor: Jim Thompson

Editorial: RBA

Lugar y año: Barcelona, 2013

Páginas: 304

LA ESCRITURA COMO ARMA DE SUPERVIVENCIA

Con un marcado tono autobiográfico, Jim Thompson escribe en 1942 su primera novela sin antecedente, pese a su crudeza, la corrosiva lucidez y la violencia enfermiza e irónica de las que serán sus novelas mayores: *1280 almas* y *El asesino dentro de mí*; aún así, *Aquí y ahora* (*Now and On Earth*) es un rasguño en el margen sombrío de una sociedad solo complaciente con el éxito que descubre, en sus páginas, la negrura bajo el esplendor idílico del bienestar. Es

una obra de rebeldía personal, de agónica y exhausta lucha que confiesa la podredumbre en los vínculos familiares, en las relaciones humanas degradadas por la condena a un mundo laboral que solo permite sobrevivir a un amargo y desolador vivir cada día sin llegar a hundirse.

James Dillon es un escritor de treinta y cinco años, que vierte en alcohol barato su frustración, aferrándose a la vida con cada página que consigue escribir a duras penas en el rincón más silencioso de su casa, mientras asiste, humillado e impotente, a la tristeza que asola a su familia terminando por convertir a sus miembros en seres tan extraños como él mismo. Reniega de su vocación por no conseguir el alimento necesario a su pasión de escritor, quebrado por la pesadumbre, la miseria cotidiana que lo ahoga todo como si no fuese más que un ruido ensordecedor que solo deja escuchar el grito con el que apenas resistimos. Las páginas se vuelven pesadas, amargas y monótonas en la descripción excesiva y minuciosa de sus tareas en un trabajo casual como contable de una empresa del sector aeronáutico, pues en la narración busca la distancia como una salvación, incapaz del sarcasmo sórdido y febril con el que retratará los males de la sociedad norteamericana en sus mejores obras. En *Aquí y ahora* es el propio escritor el que necesita salvarse. No hay violencia en sus páginas, hay un tedio hostil que pisotea día a día su vida, convirtiéndolo en un hombre insatisfecho, un escritor incapaz y enfermo que persigue un modo de salvaguardar su integridad y su dignidad para

no abandonarse en su mísera existencia.

Desnuda su convivencia en una casa modesta con su madre y su hermana sin lograr superar su infancia en el recuerdo constante de su padre moribundo; la relación con su mujer, a la que ama sin poder calmar en ella la violencia por un mundo del que se siente preso, amenazado, mientras cría a sus hijos en un hogar hastiado por la escasez y la sensación de pobreza y provisionalidad, que provoca en todos ellos el reproche, la duda, la ofensa. En sus páginas el autor exige el consuelo de escribir, persigue su pasión a pesar de la frustración ante la que no se rinde, escribiendo hasta la extenuación para vencer a una vida sin esperanza.

Aquí y ahora no es una novela negra pese a pertenecer a uno de los más grandes escritores del género. Es una novela sobre la desesperanza y la humillación vivida en carne viva por un individuo acosado que siente la amenaza de lo cotidiano con hostilidad, como una afrenta violenta y cínica que lo convierten en un personaje agredido, propio de la novela negra más que en el individuo oprimido de la literatura social. Es una obra que resiste la degradación de lo cotidiano y que salva, en su escritura, al hombre y al escritor.

Daniel Dapía Barral